

El judaísmo: una civilización libro-céntrica*

El mundo, según Mallarmé, existe para un libro; según Bioy, somos versículos o palabras o letras de un mundo mágico, y ese libro incesante es la única cosa que hay en el mundo: es, mejor dicho, el mundo.

J. L. Borges, "Del culto de los libros"

I

Según la tradición bíblica, el comienzo del mundo está asociado con la palabra. El Dios creador, en su infinita sabiduría y bondad, transformó el caos, confusión y oscuridad del principio en luz prístina, por medio de su palabra redentora: "Dijo Dios: 'Haya luz', y hubo luz" (Génesis 1: 3).¹ A partir de esas palabras iniciales cargadas de potencialidad creadora, se sucedieron otras ocho palabras-designio ("Dijo Dios..." en los vv. 3, 6, 9, 11, 14, 20, 24, 26) y dos palabras-bendición (vv. 22 y 28), completando así el acto magnífico de la creación. Y de esta manera, el primer capítulo del Génesis sentó las bases de una verdadera "alabanza de la palabra" (según la bella definición del teólogo y exégeta Severino Croatto),² la cual siglos más tarde habría de ser articulada por el Evangelio de Juan en una doctrina teológica novedosa, según la cual la Palabra o *Logos* del comienzo se hizo carne en Jesús.

Adolfo Roitman. Maestro en Religiones comparadas y Ph. D. (Universidad Hebrea de Jerusalén); director y curador del Santuario del Libro (Museo de Israel, Jerusalén).

* Este artículo es una versión revisada de la conferencia pronunciada en la Biblioteca Nacional de México (8/11/02).

¹ Los textos bíblicos y apócrifos judíos siguen la edición de la *Biblia de Jerusalén* (1975).

² Sobre la teología de la palabra, ver Croatto 1974: 245-270.

En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios. Y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron [...] La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció [...] Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad.

(Evangelio según San Juan 1: 1-14)

A semejanza de los comienzos del mundo, también el origen del pueblo de Israel se encuentra ligado a la palabra divina en la tradición bíblica. Ya que, según lo relata el mito constitucional presente en el libro del Éxodo, en ocasión de la fantástica hierofanía en el Monte Sinaí (19: 18-20), Dios se les reveló a los israelitas recientemente liberados de la esclavitud de Egipto, y les comunicó en esa oportunidad su mensaje liberador hecho ley: el Decálogo (20: 1-17).³ Pero los Diez Mandamientos pronunciados por la divinidad no quedaron en sólo palabras etéreas, sino que, por mandato divino, se "hicieron carne" en un texto escrito: "Dijo Yahveh a Moisés 'Sube hasta mí, al monte, quédate allí, y te daré las tablas de piedra —la ley y los mandamientos— que tengo escritos para su instrucción'" (24: 12).

Con el pasar del tiempo, según continúa el relato, los primeros mandamientos crecieron y se convirtieron en un sinnúmero de códigos y reglamentos —en algunos casos, verdaderamente revolucionarios a la luz de los antiguos códigos orientales (como el caso, por ejemplo, del Código de Hammurabi)—, transformándose así las tablas primigenias en Ley.⁴ De acuerdo con la tradición presente en el libro bí-

³ Ver también Deuteronomio 5: 1-21. Sobre el grado de historicidad presente en el relato de la revelación divina en el Monte Sinaí y el carácter novedoso de los diez mandamientos, ver Weinfeld (1989: 45-48).

⁴ Es interesante señalar que el texto bíblico mismo distingue entre el Decálogo escrito por el mismo Dios en las tablas de piedra (Deuteronomio 4: 14; 5: 22. Cf. Éxodo 34: 28) y los "preceptos y normas" transmitidos por medio de Moisés. Por otra parte, el *corpus* legal más antiguo identificado por los investigadores en el Pentateuco de Moisés es el llamado *sefer haberit* ("libro del pacto") —insertado en el libro del Éxodo: 21-23—, en el cual pueden ser reconocidos tres tipos diferentes de materiales legales: leyes civiles (21: 1-22, 16), leyes socio-morales (22: 17-23, 9) y ordenanzas referentes al culto (23: 10-19). Sobre los materiales legales en la *Biblia* a la luz de los materiales del Oriente Medio, ver Greengus (1992).

blico del Deuteronomio, "Moisés puso esta Ley por escrito" (31: 9) en un libro;⁵ a su vez, este libro les fue entregado en custodia a los sacerdotes levitas, con el propósito de ser colocado junto al Arca de la Alianza, y así servir como testimonio eterno del pacto llevado a cabo entre el pueblo y el único Dios Yahveh (Deuteronomio 31: 24-26).

Sin embargo, la idea no era que el libro de la Ley quedara en manos de los sacerdotes a manera de texto esotérico, sino que, a diferencia de la práctica difundida en todo el Antiguo Oriente de preservar los materiales escritos en palacios o templos a buen resguardo del pueblo (como el caso de los archivos descubiertos en la Biblioteca Real de Mari [Siria, III milenio a. C.]), la ideología expresada claramente y sin ambages en la *Biblia* era que la Ley divina debía tener una dimensión pública y democrática. Según está escrito:

Moisés puso esta Ley por escrito, y se la dio a los sacerdotes, hijos de Leví, que llevaban el Arca de la Alianza de Yahveh, así como a todos los ancianos de Israel. Y Moisés les dio esta orden: "Cada siete años, tiempo fijado para el año de la Remisión, en la fiesta de las Tiendas, cuando todo Israel acuda, para ver el rostro de Yahveh tu Dios, al lugar elegido por él, leerás esta Ley a oídos de todo Israel. Congrega al pueblo, hombres, mujeres y niños, y al forastero que vive en tus ciudades, para que oigan, aprendan a temer a Yahveh vuestro Dios, y cuiden de poner en práctica todas las palabras de esta Ley. Y sus hijos, que todavía no la conocen, la oirán y aprenderán a temer a Yahveh vuestro Dios todos los días que viváis en el suelo que vais a tomar en posesión al pasar el Jordán".

(Deuteronomio 31: 9-13)

Y es tal la base democrática de esta concepción que, según la doctrina deuteronomista, incluso el rey —una

"Moisés puso esta Ley por escrito" (31: 9) en un libro; a su vez, este libro les fue entregado en custodia a los sacerdotes levitas, con el propósito de ser colocado junto al Arca de la Alianza, y así servir como testimonio eterno del pacto llevado a cabo entre el pueblo y el único Dios Yahveh.

⁵ La palabra Ley en el referido versículo, como así también en otras partes de la misma obra (cf. 1: 5; 4: 8, 44; 17: 19, etcétera) hace referencia exclusiva al libro del Deuteronomio (o a partes del mismo). Cabe señalar que el libro aquí mencionado habría sido en forma de rollo, y su material papiro. Sobre el arte de escribir en la antigüedad, ver Avi-Yonah 1994: 5-23.



figura con poder absoluto y, en algunos casos, como en el Egipto antiguo, de naturaleza divina— debía estar sometido a la autoridad de la Ley, hasta el punto de convertir la lectura del libro en una práctica de carácter cotidiano:

Quando suba al trono real, deberá escribir esta Ley para su uso, copiándola del libro de los sacerdotes levitas. La llevará consigo, la leerá todos los días de su vida para aprender a temer a Yahveh su Dios, guardando todas las palabras de esta Ley y estos preceptos, para ponerlos en práctica. Así su corazón no se engreirá sobre sus hermanos, y no se apartará de estos mandamientos ni a derecha ni a izquierda. Y así prolongará los días de su reino, él y sus hijos, en medio de Israel.

(Deuteronomio 17: 18-20)

Seguramente, según es ampliamente aceptado hoy en círculos académicos, esta concepción deuteronomista del "libro de la Ley" vinculada a la figura mítica de Moisés, no sería más que una proyección en el pasado antiguo de Israel del papel que había alcanzado el mismo libro del Deuteronomio, en ocasión de la reforma propiciada por el rey Josías (640-609 a. C.) en el reino de Judea.

Según cuenta el relato presente en el libro de Reyes, en época del rey Josías, y en ocasión de llevarse a cabo obras de reparación en el Templo de Jerusalén bajo la dirección del sumo sacerdote Jilquías, fue hallado en la casa de Yahveh un libro de la Ley (2 Reyes 22: 3-8).⁶ El descubrimiento le fue anunciado al soberano, y éste, luego de haberse enterado de su contenido (vs.10), convocó a todos los ancianos, profetas y sacerdotes a los efectos de leer en lectura solemne el contenido del libro de la alianza (23: 1-3). Y tal fue la fuerza inspiradora de este libro y de sus palabras para los oyentes, que el rey hubo de dar la orden de sacar del santuario de Yahveh "todos los

⁶ Según la mayoría de los investigadores bíblicos, este libro de la Ley hallado "casualmente" en época del rey Josías, no habría sido otro que el libro del Deuteronomio, o más probablemente, una versión anterior del texto actual. Cabe recordar, como ya fuera señalado más arriba, que el hecho de que el libro fuera hallado en el Templo refleja ciertamente la usanza antigua, según la cual los sacerdotes y los templos jugaban un papel fundamental en la preservación de las tradiciones y de su transmisión.

objetos que se habían hecho para Baal, para Aserá y para todo el ejército de los cielos", dando así comienzo a la revolución religiosa de la centralización del culto a Yahveh en Jerusalén (vs. 4-20). De esta manera, entonces, se convirtió el "libro de la Ley" "escrito" por Moisés en el primer texto canonizado por la autoridad real y por el pacto entre Dios y la nación en la historia de Israel, con el propósito de servir como única y legítima constitución sagrada del reino de Judea.⁷

La canonización del Deuteronomio convirtió al "Libro" en un objeto de constante estudio. Según queda establecido en la misma legislación deuteronomista, los israelitas debían estudiar día y noche el libro y enseñarlo a sus hijos, mujeres e, incluso, extranjeros (Deuteronomio 31: 11-13; Josué 1: 8; Salmo 1, 2). Y es por ello, como afirma Weinfeld, que no es casualidad que el libro del Deuteronomio sea el único en el Pentateuco que usa la raíz del verbo *lamad/limed* ("enseñar, educar"). A partir de aquí, entonces, fue que la institución del estudio de la palabra escrita se convirtió en una concepción pivotal en Israel, y luego, con el pasar de los siglos, en el cristianismo y el islam.⁸

Pero los libros no eran sólo una prerrogativa exclusiva de los sacerdotes para efectos de preservar y transmitir tradiciones culturales y legales a las generaciones siguientes, sino también un medio eficaz e idóneo para mantener presentes los oráculos de los profetas en la memoria colectiva del pueblo. Un claro ejemplo para el caso es el de uno de los grandes profetas de Israel: el profeta (de origen sacerdotal) Jeremías (640-587 a. C.). Según reza el texto bíblico, y por iniciativa divina (Jeremías 36: 13):

Llamó, pues, Jeremías a Baruc, hijo de Neriyás,⁹ y apuntó Baruc al dictado de Jeremías todas las palabras que Yahveh le había hablado, en un rollo de escribir. Dio Jeremías a Baruc estas instrucciones: "Yo estoy detenido;

La canonización del Deuteronomio convirtió al "Libro" en un objeto de constante estudio.

Según queda establecido en la misma legislación deuteronomista, los israelitas debían estudiar día y noche el libro y enseñarlo a sus hijos, mujeres e, incluso, extranjeros.

⁷ Sobre la redacción del libro del Deuteronomio a los efectos de servir como fundamento ideológico de la reforma deuteronomista propiciada por el rey Josías, ver Ne'eman (1995). Sobre el reinado de Josías y su labor historiográfica, ver el reciente y provocativo libro de Finkelstein y Silberman (2001).

⁸ Cf. Weinfeld 1989: 54. Seguramente no es casualidad el hecho de que para esta época (es decir, s. VII a. C.) se hayan encontrado en Judea un gran número de tabletas escritas u óstracos, revelando así la significativa difusión de la lectura y la escritura en Israel.

⁹ La existencia histórica de este personaje estaría corroborada por el hallazgo, hace unos años atrás, de un sello (bula) de arcilla que lleva el nombre de "Berekías, hijo de Neriyas el escriba." Para más detalles, ver Rozenberg 1995: 120.



no puedo ir a la Casa de Yahveh. Así que, vete tú, y lees en voz alta el rollo en que has apuntado al dictado mío las palabras de Yahveh, a oídos del público de la Casa de Yahveh el día del ayuno, y las lees también a oídos de todos los de Judá que vienen de sus ciudades; a ver si presentan sus súplicas a Yahveh, y se vuelven cada uno de su mal camino; porque grande es la ira y el furor que ha expresado Yahveh contra este pueblo”.

(Id. 4-7)

Cuando se leyeron estas palabras públicamente en el Templo, y las mismas llegaron a oídos del rey Yoyaquim, éste lo hubo de quemar. Más tarde, Baruc volvió a escribir las palabras de Jeremías en un nuevo rollo (*id.*, 36, 32); y cabe suponer que dicho texto, probablemente, haya sido la etapa inicial en el proceso de redacción de la colección de los oráculos del profeta que ha llegado hasta nosotros.

Así, pues, las palabras inspiradas del profeta Jeremías, como tal vez lo fueron los oráculos de Isaías, Ezequiel y demás profetas de Israel, fueron conservadas probablemente también en rollos, para ser copiados y estudiados de generación en generación por escribas y sabios, evitando así que el mensaje de Dios pasara al olvido con la desaparición física del mensajero divino.¹⁰ Y de esta manera, las profecías pronunciadas por los mensajeros de Dios fueron paulatinamente adquiriendo vida propia, eternizando la palabra prístina de Dios en la conciencia popular.

II

La destrucción del Templo de Salomón en el año 586 a. C. por el rey Nabucodonosor II, y el posterior destierro de la élite gubernamental y sacerdotal a Babilonia, trajeron aparejada no sólo una crisis política, sino antes bien, una crisis espiritual. La desapa-

¹⁰ No es casualidad que sea precisamente Jeremías quien asocie a los sabios y escribas con la Ley o *Torah* escrita. Cf. Jeremías 8: 8.

rición física del Templo, después de haber servido como una institución axial para la identidad cultural y religiosa de Israel durante casi 500 años, le planteó a los exiliados un desafío inusitado: —¿Cómo preservar en la diáspora la fe monoteísta? ¿Cómo seguir siendo un pueblo sin gobierno, sin territorio y sin Templo?

Lamentablemente, no sabemos mucho sobre la manera en concreto que dicha empresa ciclópea fue llevada a cabo por los círculos intelectuales judíos de la época. Sin embargo, los historiadores suponen que los sacerdotes, quienes eran reconocidos tradicionalmente porque sus labios "guardan la ciencia, y la Ley se busca en su boca" (Malaquías 2: 7), jugaron un papel crucial en la consecución de esta tarea, al haber emprendido (o, mejor dicho, continuado) con ahínco la recolección de las tradiciones sacerdotales, sapienciales y proféticas del antiguo Israel.¹¹ Y así a lo largo de los siglos VI y V a. C., en una realidad política, social y existencial de destierro, un amplio cuerpo de literatura fue creado —códigos legales, historias y profecías—, agregándose éste a la primera colección del Deuteronomio canonizada años atrás en Judea.

Esta actividad intelectual no hubo de quedar enclaustrada en ámbitos estrictamente académicos, sino que en el espíritu del antiguo Israel, estas tradiciones recolectadas habrían comenzado a jugar desde su mismo origen un papel central en la vida comunitaria de los exiliados. Cabe suponer que dichas colecciones de libros o rollos sirvieron para la lectura y la reflexión de los desesperados, llenando así de esperanza sus espíritus decaídos.¹² Y de esta forma, la carencia de un sistema político y territorial estructurado en derredor de un templo se vio suplida por una estructura comunitaria de carácter religioso, la cual habría encontrado en la vivencia sinagoga, en la oración, en la institución del *Shabat* y en los libros sagrados su punto focal de identidad.¹³

Una muestra de la función y significado que el "Libro" habría jugado en esos días claves para la

¹¹ Sobre la división tripartita de la sabiduría antigua, cf. Jeremías 18: 18. Cabe señalar que esta división tradicional de la sabiduría en la antigüedad se ve también reflejada en la división tradicional tripartita de la *Biblia* hebrea o, según su nombre en hebreo en siglas, TaNaK: T = *Torah* = Pentateuco; N = *Nevi'im* = Profetas; K = *Ketavim* = Escritos.

¹² Cf. Salmos, 137.

¹³ Sobre el periodo formativo de Israel en el destierro babilónico, ver el buen resumen de Ephal (1983). Sobre los cambios estructurales en el judaísmo del segundo templo, en cuanto a su relación hacia las categorías de tiempo y espacio, ver Green (1980).



sobrevivencia del pueblo de Israel sería el relato de la ceremonia, llevada a cabo en Jerusalén en tiempos de Esdras y Nehemías, en plena época persa (a mediados del siglo v a. C.):

Llegado el mes séptimo, todo el pueblo se congregó como un solo hombre en la plaza que está delante de la puerta del Agua.¹⁴ Dijeron al escriba Esdras¹⁵ que trajera el libro de la Ley de Moisés que Yahveh había prescrito a Israel.¹⁶ Trajo el sacerdote Esdras la Ley ante la asamblea, integrada por hombres, mujeres y todos los que tenían uso de razón. Era el día uno del mes séptimo.¹⁷ Leyó una parte en la plaza que está delante de la puerta del Agua, desde el alba hasta el mediodía, en presencia de los hombres, las mujeres y todos los que tenían uso de razón; y los oídos del pueblo estaban atentos al libro de la Ley.

El escriba Esdras estaba de pie sobre un estrado de madera levantado para esta ocasión; junto a él estaban: a su derecha, Matías [...], y a su izquierda, Pedafías [...]. Esdras abrió el libro a los ojos de todo el pueblo —pues estaba más alto que todo el pueblo— y al abrirlo, el pueblo entero se puso en pie. Esdras bendijo a Yahveh, el Dios grande; y todo el pueblo, alzando las manos, respondió: “¡Amén! ¡Amén!”; e inclinándose se postraron ante Yahveh, rostro en tierra. Josué, Baní [...], que eran levitas, explicaban la Ley al pueblo que seguía en pie. Y Esdras leyó en el libro de la Ley de Dios, aclarando e interpretando el sentido, para que comprendieran la lectura.

(Nehemías 8: 1-8)

Aun cuando esta ceremonia hubo de llevarse a cabo muchos años después de que los judíos regresaran a la tierra de Israel a consecuencia del decreto del rey persa Ciro (538 a. C.), su carácter excepcional nos permite entender, en parte, la revolución que se habría llevado a cabo en la lejana Babilonia durante el exilio, ya

¹⁴ Lugar ubicado al sudeste del Templo, en terreno no sagrado.

¹⁵ Dirigente judío, oriundo de Babilonia y vástago de la familia del sumo sacerdote Aarón.

¹⁶ Probablemente, el texto del Pentateuco existente en esos días.

¹⁷ Antes de la época del destierro, en esa fecha se inauguraba el nuevo año. Cf. Éxodo 23: 16; 34: 22, etcétera.

que la ceremonia descrita, aunque parece ser normal para los ejecutantes, no tiene paralelo en la *Biblia*. Y de aquí infieren con justicia los investigadores que atestiguan la innovación introducida años atrás en Israel, a saber: la creación de una ceremonia popular, en la cual se lee públicamente el libro de la Ley en un contexto litúrgico, y en la que el libro mismo es fruto de adoración religiosa.¹⁸ Además, el relato no sólo nos habla de una lectura pública, sino también acerca de la práctica de la interpretación o traducción simultánea, revelando con ello claramente la estrategia de acercar los textos antiguos a la realidad vivida de los oyentes por medio de la exégesis.

La ceremonia descrita no agota del todo el nuevo significado de la institución del libro en esos años para Israel. Ya que el libro en esos días, y a diferencia de lo acaecido en la época previa al exilio, no era uno más de los tantos medios para dar a conocimiento la voluntad de Dios al pueblo. Por el contrario, el texto escrito se había convertido para la época persa en el único medio de expresión y de difusión de la voluntad divina. Y ello porque la institución profética había desaparecido de Israel con los últimos profetas de la época postexílica —Zacarías, Ageo y Malaquías—, y el libro, entonces, vino a suplir el papel de éstos en la economía divina.

Un ejemplo de ello lo vemos en la función del escriba-sacerdote Esdras, quien es presentado como alguien "versado en la Ley de Moisés que había dado Yahveh, Dios de Israel", y que "había aplicado su corazón a escrutar (en hebreo, *lidrosh*) la Ley de Yahveh, a ponerla en práctica y a enseñar en Israel los preceptos y las normas" (Esdras 7: 4-10). Y de aquí queda claramente evidenciado que el escrutinio de la Ley por parte de Esdras vino a reemplazar la tradicional actividad de patriarcas y profetas de "consultar (en hebreo, *lidrosh*) a Yahveh" (Génesis 25: 22; Éxodo 18: 15). De esta manera, entonces, la otrora presencia viva de Dios y su palabra redentora se vieron mediatizadas ahora por el Libro.¹⁹

El relato no sólo nos habla de una lectura pública, sino también acerca de la práctica de la interpretación o traducción simultánea, revelando con ello claramente la estrategia de acercar los textos antiguos a la realidad vivida de los oyentes por medio de la exégesis.

¹⁸ Ciertamente, esta ceremonia presenta, en sí misma, algunas de las características del culto sinagoga que habría de desarrollarse en Israel en las próximas centurias.

¹⁹ Sobre esta transformación básica en el judaísmo antiguo y su significado religioso y cultural, ver el artículo iluminador de Stone 1985: 218-235, especialmente 218-223.

A fuer de resumir un proceso cultural complejísimo, y muchas veces desconocido en sus detalles, durante el cual en los siglos siguientes se redactaron definitivamente los materiales que luego habrían de incorporarse al canon bíblico (por ejemplo, el libro de Esther o el Eclesiastés), como así también muchos de los escritos usualmente denominados "apócrifos" y "pseudoepigrafcicos" (como el caso de Judith, Tobit o Jubileos),²⁰ llegamos a fines del siglo II a. C., en el que el Libro ya desempeña un papel central en la vida religiosa y cultural de Israel.²¹ Según nos lo deja saber el prólogo presente en el libro apócrifo del Eclesiástico,²² ya para el último cuarto de ese siglo el proceso de canonización habría alcanzado (¿o finalizado?) un gran desarrollo, existiendo para esos años "la Ley, los Profetas y los otros" (Eclesiástico, Prólogo 2). Y era tal la centralidad de esos libros en la conciencia de los intelectuales para esos años, que el estudio y la meditación en esos textos se habían convertido en la razón de ser de la actividad del escriba:

No así el que aplica su alma
a meditar la ley del Altísimo.
La sabiduría de todos los antiguos rebusca,
a las profecías consagra sus ocios,
conserva los relatos de varones célebres,
en los repliegues de las palabras penetra,
busca los secretos de los proverbios
y en los enigmas de las parábolas insiste.

(Eclesiástico 39: 1-3)

Esta devoción de los intelectuales por los libros pasó a formar parte también de la cultura y devoción popular. Y como lo habíamos visto ya a comienzos de la época persa, en ocasión de la ceremonia llevada a cabo en la época de Esdras y Nehemías delante de la puerta del Agua, la práctica de leer e interpretar el Libro en asambleas populares o sinagogas en las fes-

²⁰ Probablemente a este fenómeno aludan las palabras del Eclesiastés (12: 12). Sobre el complejo proceso de canonización, ver el enjundioso trabajo de Trebollé Barrera 1993: 157-270. Sobre la naturaleza y origen de la literatura apócrifa, ver Aranda Pérez 1996: 243-416.

²¹ Según parecería ser, Judas el macabeo habría jugado un papel fundamental en el proceso de canonización. Cf. 2 Macabeos 2: 13-15.

²² Es una obra sapiencial escrita en hebreo por Jesús, hijo de Sirá, en el primer cuarto del siglo II a. C. (circa 180 a. C.), habiendo sido su nieto el autor del prólogo y el traductor del libro al griego (circa 132 a. C.).

tividades y sábados siguió desarrollándose a lo largo de la época persa (538-332 a. C.) y helenística-romana (332 a. C. - 135 d. C.).

Una muestra clara de dicha costumbre aparece en el relato del Evangelio de Lucas, en ocasión de llegar Jesús a Nazaret: "Vino a Nazaré, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito: 'El Espíritu del Señor sobre mí [...]' (4: 16-18). Y de aquí, entonces, que la lectura de la *Torah* y de los libros proféticos en las sinagogas en ocasiones festivas se había convertido para finales del Segundo Templo en un medio práctico y eficaz para la difusión de los valores espirituales (¿un ancestro lejano de la "universidad popular"?).

III

Una muestra excelsa del papel alcanzado por la institución del libro en el Israel de la época del Segundo Templo la vemos ejemplificada en uno de los grupos más idiosincráticos del judaísmo de la época: la secta de los esenios.²³ El historiador judío Flavio Josefo nos cuenta sobre los esenios lo siguiente:

Se dedican con admirable empeño al estudio de las obras antiguas, eligiendo sobre todo aquellas que pueden ser beneficiosas para el cuerpo y el alma. Tratan de extraer de esas obras, para poder curar las enfermedades, los conocimientos de las raíces medicinales y las virtudes de las piedras. [...] Hay entre ellos algunos que aseguran que pueden predecir el porvenir, a fuerza de ejercitarse en el estudio de los libros sagrados, en las diversas purificaciones y en las palabras de los profetas, y es raro que se equivoquen en sus predicciones.

(Guerra II, VIII: 6-12)²⁴

Una muestra excelsa del papel alcanzado por la institución del libro en el Israel de la época del Segundo Templo la vemos ejemplificada en uno de los grupos más idiosincráticos del judaísmo de la época: la secta de los esenios.

²³ Sobre los esenios nos ha llegado información por intermedio de las fuentes clásicas (el filósofo judío Filón de Alejandría [20 a. C.? - 50 d. C.], el historiador judío Flavio Josefo [37? - 96 d. C.] y el naturalista e historiador romano Plinio el Viejo [?? - 78 d. C.]). Para detalles, ver Pouilly 1991: 9-13; Schürer 1985: 715-739.

²⁴ El texto de Flavio Josefo, según la traducción de Farré (1961).

También el gran filósofo judío Filón de Alejandría sabía sobre la extrema pasión de los esenios por los libros, como nos lo deja entrever su noticia sobre la práctica de los esenios el día sábado:

En ellas (es decir, las leyes divinas. A. R.) son instruidos en todo tiempo pero particularmente en los días séptimos, pues el día séptimo está considerado día sacro, y durante él se abstienen de los demás trabajos y acuden a los sagrados lugares, llamados sinagogas, donde toman asiento en filas por orden de edad, los jóvenes más abajo que los mayores, manteniéndose con los oídos atentos y guardando el decoro conveniente. Luego uno cualquiera de ellos toma los libros y lee, y otro, de los que poseen gran experiencia, se adelanta y explica los pasajes que no resultan claros. En la mayor parte de los casos, en efecto sus reflexiones filosóficas recurren a alegorías con un ardor propio de las antiguas costumbres.

(*Todo hombre bueno es libre* XII: 81-82)²⁵

Estas noticias clásicas sobre el interés inusitado de los esenios por los libros sagrados se vería confirmada por el hallazgo milagroso de cientos de manuscritos (aproximadamente unos 950 rollos) hallados entre 1947-1956 en once cuevas en las proximidades de Khirbet Qumrán,²⁶ localizadas en la orilla noroccidental del Mar Muerto, que habrían formado parte de una biblioteca perteneciente a una comunidad sectaria, apocalíptica, y de clara orientación sacerdotal.²⁷ Este descubrimiento ha permitido establecer de manera contundente la enorme importancia que los miembros de esta secta le daban al estudio de la *Biblia* (¡se hallaron en las cuevas más de doscientas copias de textos bíblicos!), como así también a otros numerosos libros de carácter apócrifo o sectario.²⁸

La gran cantidad de rollos hallados en Qumrán constituye un testimonio de la intensidad del estudio

²⁵ El texto de Filón de Alejandría, según la traducción de Treviño (1976).

²⁶ La mayoría de los rollos (casi todos fragmentados) que fueron hallados en las cuevas de Qumrán están escritos en cuero de animal, mientras que una minoría en papiro. Asimismo, una gran mayoría de ellos (aproximadamente 80%) están escritos en hebreo, y el resto en griego y en arameo.

²⁷ Sobre la posible identificación de la secta del Mar Muerto con los esenios, ver Roitman (2000: 51-53). Sobre la naturaleza de la comunidad, ver *id.*, p. 77-98.

²⁸ Sobre la biblioteca hallada en Qumrán, ver Delcor y García Martínez (1982).

llevado a cabo por los qumranitas, indicando que ellos habrían entendido de manera literal la ordenanza bíblica de inspiración deuteronomista: "No se aparte el libro de esta Ley de tus labios; méditalo día y noche ..." (Josué 1: 8). Como se consigna explícitamente en las leyes de la comunidad: "Y que no falte en el lugar donde se encuentran los diez un hombre que interprete la ley día y noche, siempre, sobre las obligaciones de cada uno para con su prójimo" (*Regla de la Comunidad* vi: 6-7).²⁹



Dondequiera que hubiera juntos diez hombres del grupo se requería, entonces, que alguno de ellos estuviera dedicado al estudio en todo momento. El propósito de dicha actividad era investigar profundamente el texto del Pentateuco y el de los libros proféticos y, por medio de la interpretación especial de la secta, revelar los "secretos de Dios" o los aspectos "ocultos" de la ley judía, la historia y el cosmos (*id.* v: 7-12). Y los sectarios del Mar Muerto tenían, asimismo, en tan alta estima su propia interpretación de los textos sagrados y su capacidad de develar los secretos ocultos en ellos, que argüían que aun los profetas que habían pronunciado los oráculos en nombre de Dios no habían entendido el sentido original de sus palabras. Como se lee en uno de los rollos:

Y dijo Dios [a] Habacuc que escribiese lo que había de suceder a la generación postrera, pero el fin de la época no se lo hizo conocer. *Vacat.* Y lo que dice: (Hab. 2: 2) "Para / que corra / el que lo lee". Su interpretación se refiere al Maestro de Justicia,³⁰ a quien ha manifestado Dios todos los misterios de las palabras de sus siervos los profetas.

(*Pesher Habacuc* vii: 1-5)

Esta búsqueda del sentido profundo de los textos antiguos estaba acompañada por la profunda certeza de que su interpretación de la Ley era la única y exacta, sin poder concebir que existieran interpreta-

²⁹ La traducción de los textos de Qumrán es según García Martínez (1993).

³⁰ El fundador mítico de la secta, según los propios rollos de Qumrán.



ciones alternativas o complementarias. El resultado de esta actividad interpretativa queda evidenciado en la enorme variedad y riqueza de los testimonios escritos hallados en las cuevas del Mar Muerto, tales como: reglas y textos legales, literatura de contenido escatológico, literatura exegética, literatura parabíblica, textos poéticos, textos litúrgicos, textos astronómicos, calendarios y horóscopos.

Es indudable que la comunidad de Qumrán llevó su devoción al libro a uno de los picos más extremos de la civilización judía, manifestando de esta manera un amor entrañable hacia la palabra de Dios. Y seguramente haya sido, precisamente, este interés supremo hacia los libros lo que habría motivado a los sectarios a colocar sus obras en jarrones o, simplemente, a esconderlos en las cuevas de la zona, ya que según suponen los investigadores, al enterarse éstos de la presencia de las tropas romanas en las proximidades de la comunidad, los qumranitas, en consonancia con su responsabilidad histórica, habrían optado por salvaguardar su máximo tesoro de manos de los paganos romanos, y así preservar para generaciones futuras la sabiduría acumulada desde tiempos inmemoriales (circa 68 d. C.).³¹ Y de esta manera los libros habrían de permanecer escondidos por casi dos milenios en las cuevas del desierto de Judea.³²

IV

Cabe suponer que, para finales del primer siglo de nuestra era, el proceso de canonización entre los judíos había llegado a su fin, constituyéndose así por primera vez una colección oficial definitiva de los escritos sagrados.³³ A ciencia cierta no se sabe bien cuándo, cómo y por quién este proceso tuvo lugar, sin embargo es claro que dicho suceso tuvo una importancia capital para la historia si-

³¹ Ciertamente un patrón de comportamiento entre los judíos en situación de peligro, que ha sido recurrente a lo largo de su historia.

³² El descubrimiento moderno de los rollos antiguos en la región del Mar Muerto no habría sido un suceso único en la historia, sino un hecho que también habría ocurrido en épocas pasadas. Según algunas tradiciones antiguas, ya en los tiempos del padre de la Iglesia, Orígenes de Cesárea (185-254), del historiador eclesiástico Eusebio de Cesárea (260-340, aprox.) y del patriarca nestoriano Timoteo I (727-819), se habrían encontrado numerosos manuscritos escritos en griego y hebreo (entre ellos, coplas del libro bíblico de Salmos) en el área de Jericó, ciudad situada a unos pocos kilómetros al norte de Qumrán.

³³ Algunos autores suponen que la canonización recién tuvo lugar entre el segundo y tercer siglo de nuestra era, en plena época rabínica. Sin embargo, la mayoría de los estudiosos considera que ya para esa época la colección bíblica estaba definitivamente sellada.

guiente del pueblo de Israel, y de Occidente todo. Una muestra cabal del significado de este hecho se encuentra testimoniado en el *Contra Apionem* de Flavio Josefo quien, polemizando sobre el sentido de la historia para judíos y griegos, escribió:

Entre nosotros, escribir la historia no es algo que dependa de la libre iniciativa de cada uno y tampoco nuestros escritores presentan divergencia alguna. Únicamente los profetas han consignado por escrito con toda claridad, bien los hechos del pasado y ya antiguos que habían conocido por inspiración divina, bien lo que les era contemporáneo tal como había ocurrido. Es, pues, natural, mejor dicho, necesario, que no exista entre nosotros una multitud de libros en contradicción y pugna entre sí, sino sólo veintidós que contienen los anales de toda la historia y que con toda justicia son dignos de confianza.

De ellos, hay cinco de Moisés, los cuales contienen las leyes y la tradición desde la creación del hombre hasta la muerte del mismo Moisés. Comprende un periodo de tres mil años, poco más o menos. Desde la muerte de Moisés hasta Artajerjes, sucesor de Jerjes como rey de los persas, los profetas posteriores a Moisés han consignado los hechos de su tiempo en trece libros. Los cuatro libros restantes contienen himnos a Dios y consejos morales para los hombres. También desde Artajerjes hasta nuestros días cada acontecimiento ha sido consignado; sin embargo, éstos no son dignos de la misma confianza que los anteriores, porque no ha existido la sucesión rigurosa de los profetas.

Los hechos prueban con claridad cómo nos acercamos nosotros a nuestras propias escrituras: habiendo transcurrido ya tanto tiempo, nadie se ha atrevido a añadir, quitar o cambiar nada de ellas. Es connatural a todo judío ya desde su nacimiento considerar que estas escrituras son la voluntad de Dios, cumplirlas y por ellas, si es preciso, morir con alegría. Ya se ha visto muchas veces que muchos cautivos han soportado tor-





turas y todo género de suplicios en los anfiteatros por no pronunciar una sola palabra contra las leyes y los males que las acompañan.

(Josefo, *Contra Apión* VIII: 37-42)³⁴

Según Josefo, entonces, la colección de escritos sagrados se había convertido para esos años en la piedra fundamental de la identidad nacional. Y dicha situación habría de continuar en los próximos dos mil años.³⁵

Sin embargo, gracias a los esfuerzos de la corriente farisea/rabínica,³⁶ otros libros además de la *Biblia* hebrea, como es el caso de la *Mishná*,³⁷ *Talmud*,³⁸ la literatura midráshica, los textos místicos (como el *Zohar*), las obras filosóficas (como la *Guía de los perplexos* de Maimónides [1138-1204]), la literatura de *respuesta*, la literatura exegética y otros sinnúmeros escritos fueron copiados y transmitidos por los judíos a lo largo del tiempo, constituyéndose así una voluminosa biblioteca de notables dimensiones.

Toda esta enjundiosa obra creadora de los judíos pudo llevarse a cabo gracias a la novedosa doctrina teológica desarrollada por el rabinismo, según la cual el término técnico *Torah* dejó de referirse exclusivamente al Pentateuco de Moisés y pasó a ser un concepto más flexible, hasta incluir toda innovación en el campo de la interpretación de los textos sagrados, llevada a cabo por un sabio a lo largo de las generaciones hasta el infinito.³⁹ Como bien lo definió Marc Alain Ouaknin:

Idoltrar es volver divina o adorar como a Dios una cosa de este mundo. Entonces, en el caso de la *Torah*, se trataría de la idolatría del Libro y de la Ley. Había que dar, por lo tanto, un sentido infinito a ese texto, volverlo en cierto modo infinito. Los talmudistas lo han conseguido. En el Talmud, no se trata de comprender siempre mejor *El* sentido único que se supone contiene el

³⁴ El texto según la traducción de Busto Saiz (1987).

³⁵ Para una posición diferente hacia los libros bíblicos por parte de un contemporáneo de Flavio Josefo, ver *iv Esdras*: 14.

³⁶ Sobre la estructura y sistema del judaísmo rabínico, ver Neusner (1995).

³⁷ Compilación de leyes realizada en hebreo por los eruditos rabínicos de Israel entre los siglos I-III d. C., que complementan y explican las leyes de la *Torah* de Moisés.

³⁸ Contiene una compilación de la Ley Oral (materiales legales y exegéticos) producida por los rabinos de la tierra de Israel (Talmud de Jerusalén) y Babilonia (Talmud de Babilonia) desde fines de la época del Segundo Templo (siglo I d. C.) hasta comienzos de la Edad Media (siglo VI d. C.). Esta vasta obra está constituida por la *Mishna* (en hebreo) y la *Gmará* (en arameo).

³⁹ Sobre el concepto de *Torah* en Israel, ver Urbach, 1989.

texto, pues eso sería una forma de apropiarse de Dios, de encerrar el infinito. No, se trata de interpretar de tal modo el texto que la palabra que contiene —y que es única— se comprenda en todos los sentidos posibles. La definición del Talmud consiste precisamente en esa palabra plural debida a la pluralidad de interpretaciones. Se puede decir algo de un texto, pero también otra cosa, e incluso otra más: la interpretación no cesa nunca. Siempre hay un comentario acerca del comentario, infinitamente. El Talmud no dice *El* sentido de la Torah; por el contrario, abre sin cesar la Torah a nuevos sentidos.⁴⁰

De esta manera, entonces, según una fórmula exitosa del gran pensador judío contemporáneo, Armand Abécassis, el judío no ha sido a lo largo de la historia el "pueblo del Libro", sino más bien el "pueblo de la interpretación del Libro".⁴¹ Y de aquí, pues, que la lectura y la interpretación se han convertido en la actividad quintaesencial del judío, transformando así al judaísmo en una civilización libro-céntrica.⁴²

Esta vocación por la lectura y la interpretación sigue vigente aún hoy entre los judíos, aun cuando su mayoría no sea ya observante, y los patrones tradicionales se hayan visto trastocados por modelos seculares occidentales.⁴³ El libro sigue siendo una institución fundamental en la presente sociedad judía en general, e israelí en particular. Una muestra cabal de ello es el alto promedio de adquisición de libros en Israel en proporción con su población. Y si a esto le sumamos la práctica anual de llevar a cabo "la semana del libro", en donde miles de puestos de libros se levantan en plazas y centros comerciales del país a los efectos de promover aún más el interés por la lectura y el estudio, queda entonces claro, que aun la exposición salvaje a los medios de comunicación e Internet no ha hecho mella (todavía) en uno de los baluartes, más bien el baluarte, de la civilización judía.

La lectura y la interpretación se han convertido en la actividad quintaesencial del judío, transformando así al judaísmo en una civilización libro-céntrica.

⁴⁰ Ouaknin 1998: 57.

⁴¹ Citado por Ouaknin 1998: 59.

⁴² Hasta el punto de celebrar en el calendario litúrgico un día específico en honor de la Torah conocido como "Simjat Torah" o "día de regocijo de la Torah".

⁴³ Sobre el valor cultural de la educación y la lectura entre los judíos a lo largo de su historia, ver Patai 1979: 572-589.

Para finalizar, los rollos del Mar Muerto se encuentran en exhibición en el Santuario del Libro, museo ubicado en los predios del Museo de Israel. El propósito pragmático de su erección fue para que esta institución albergara en él los primeros manuscritos del Mar Muerto descubiertos en el año 1947, al igual que también manuscritos bíblicos antiguos, como el afamado Codex Aleppo (manuscrito bíblico del siglo x d. C.).⁴⁴ Sin embargo, esta razón no agota el significado profundo de este edificio. Ya que si en la antigüedad el pueblo de Israel había construido su identidad en derredor de un templo destinado al sacrificio de animales y a servir de morada a la divinidad, después de dos mil años de evolución histórica, no sorprende que el moderno Estado de Israel haya colocado un santuario como centro focal de su identidad. Pero en este caso un templo secular, destinado a dar cabida no a Dios, sino a su palabra hecha libro.⁴⁵

Y dado que el Santuario del Libro se encuentra en la ciudad santa de Jerusalén, y que a lo largo de más de tres milenios ésta se ha convertido en polo de atracción de millones de visitantes del mundo entero, entonces la propia existencia de esta institución en dicha urbe parecería haber convertido en realidad las palabras del gran profeta Isaías, cuyo libro se ha transformado en el símbolo mismo de los rollos del Mar Muerto:⁴⁶

Sucedirá en días futuros que el monte de la Casa de Yahveh será asentado en la cima de los montes y se alzará por encima de las colinas. Confluirán a él todas las naciones, y acudirán pueblos numerosos. Dirán: "Venid, subamos al monte de Yahveh, a la Casa del Dios de Jacob, para que él nos enseñe sus caminos y nosotros sigamos sus senderos". Pues de Sión saldrá la Ley, y de Jerusalén la palabra de Yahveh.

(Isaías 2: 2-3)⁴⁷

⁴⁴ Sobre este singular edificio, ver Roitman (1998).

⁴⁵ Sobre el Santuario del Libro y su función de templo secular del moderno Estado de Israel, ver Roitman 2001: 59-60.

⁴⁶ El manuscrito A del rollo de Isaías, hallado en la cueva 1 en el año 1947, se ha convertido en el símbolo de los rollos del Mar Muerto, porque es el único libro bíblico completo que se ha encontrado entre las más de doscientas copias bíblicas recuperadas en Qumrán. Un fragmento del original se encuentra en exhibición en la sala central del Santuario del Libro.

⁴⁷ Es significativo señalar que la misma cita aparece mencionada expresamente en el *vitreaux* instalado en la Biblioteca Nacional del Estado de Israel, ubicada en los predios del segundo campo de la Universidad Hebrea en Giva'at Ram, obra del artista M. Ardon. Y de aquí, entonces, la lógica conclusión que Ardon mismo habría visto en la existencia misma de la Biblioteca Nacional en la ciudad de Jerusalén la realización expresa de la profecía bíblica. Y la paradoja es que, según el plan original, el Santuario del Libro debería haber formado parte originalmente del complejo de la Biblioteca Nacional. Y si así hubiera sido el caso, entonces, no hay duda que la Biblioteca Nacional junto con el Santuario del Libro habrían sido el reemplazo final y ultimativo del Templo de Jerusalén mitológico.

Referencias bibliográficas

- ARANDA PÉREZ, G. (1996), "Apócrifos del Antiguo Testamento". En G. Aranda Pérez, F. García Martínez y M. Pérez Fernández, *Literatura judía intertestamentaria*. Estrella [Navarra]: Editorial Verbo Divino.
- AVI-YONAH, M. (1994), *Ancient Scrolls*. Hertzlia: Palphot.
- CROATTO, S. (1974), *El hombre en el mundo I. Creación y designio. Estudio de Génesis 1: 1-2: 3*. Buenos Aires: Editorial La Aurora.
- DELCOR, M. y GARCÍA MARTÍNEZ, F. (1982), *Introducción a la literatura esenia de Qumrán*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- EPHAL, I. (1983), "El destierro de Babilonia". En H. Tadmor, I. Ephal y Y. Greenfield (eds.), *La historia del pueblo de Israel. La época del retorno y el periodo persa*. Tel Aviv: Am Oved, p. 17-27.
- FINKELSTEIN, I. y SILBERMAN, N. (2001), *The Bible Unearthed*. New York et al.: The Free Press.
- GREEN, A. (1980), "Sabbath as Temple: Some Thoughts on Space and Time in Judaism". En R. Jospe y S. Fishman (eds.), *God and Study: Essays and Studies in Honor of Alfred Jospe*. Washington, DC: B'nai Brith / Hillel Foundations, p. 287-305.
- GREENGUS, G. (1992), "Law". En D. N. Freedman (ed.), *The Anchor Bible Dictionary*. New York et al.: Doubleday, vol. 4, p. 242-252.
- NE'EMAN, N. (1995), "Historiografía, modelación de la memoria colectiva y la creación de la conciencia histórica del pueblo de Israel a finales de la época del primer templo". En *Zion* 60, p. 449-472 (en hebreo).
- NEUSNER, J. (1995), *Rabbinic Judaism. Structure and System*. Minneapolis: Fortress Press.

- OUAKNIN, M. A. (1998), "El Dios de los judíos". En J. Bottero, M. A. Ouaknin, J. Moingt (entrevistados por H. Monsacré y J. L. Schlegel), *La historia más bella de Dios. ¿Quién es el Dios de la Biblia?* [trad. de O. Luis Molina]. Barcelona: Editorial Anagrama.
- PATAI, R. (1979), *La mentalidad judía* [trad. I. Hercovich]. Buenos Aires: Acervo Cultural Editores.
- POUILLY, J. (1991), *Qumrán*. Estrella [Navarra]: Editorial Verbo Divino.
- ROITMAN, A. (1998), "Historia, arquitectura y simbolismo del Santuario del Libro". En *Cartapacio* 1, p. 14-16.
- , (2000), *Sectarios de Qumrán. Vida cotidiana de los esenios*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca.
- , (2001), "Exhibiting the Dead Sea Scrolls: Some Historical and Theoretical Considerations". En N. A. Silberman and E. S. Frerichs (eds.), *Archaeology and Society in the 21st Century. The Dead Sea Scrolls and Other Case Studies*. Jerusalem: Israel Exploration Society / The Dorot Foundation, p. 41-66.
- ROZENBERG, S. (ed.) (1995), *Vestigios de Tierra Santa del Museo de Israel*. México: Centro Cultural Arte Contemporáneo.
- SCHÜRER, E. (1985), *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús, 175 a. C. - 135 d. C.* [trad. J. Valiente Malla; edición por G. Vermes, F. Millar / M. Black]. Madrid: Ediciones Cristiandad, vol. 2.
- STONE M. E. (1985), "Three Transformations in Judaism: Scripture, History and Redemption". En *Numen* 32, p. 218-235.
- TREBOLLÉ BARRERA, J. (1993), *La Biblia judía y la Biblia cristiana*. Madrid: Editorial Trotta, segunda edición.
- URBACH, E. E. (1989), "Torah". En R. M. Seltzer (ed.), *Judaism. A People and its History. Religion, History and Culture. Selections from the Encyclopedia of Religion*. Edit. by M. Eliade. New York: MacMillan Publishing Company / London: Collier MacMillan Publishers, p. 85-100.

WEINFELD, M. (1989), "Israelite Religion". En R. M. Seltzer (ed.), *Judaism. A People and its History. Religion, History and Culture. Selections from the Encyclopædia of Religion*. Edit. by M. Eliade. New York: MacMillan Publishing Company / London: Collier MacMillan Publishers, p. 36-61.

Fuentes

Biblia de Jerusalén (1975). Bilbao: Desclee de Brouwer.

BUSTO SAIZ, J. R. [trad.] (1987), *Flavio Josefo: Autobiografía. Sobre la antigüedad de los judíos (Contra Apión)*. Madrid: Alianza Editorial.

FARRÉ, L. [trad.] (1961), *Obras completas de Flavio Josefo*. Buenos Aires: Acervo Cultural Editores.

GARCÍA MARTÍNEZ, F. [trad.] (1993), *Textos de Qumrán*. Madrid: Editorial Trotta, cuarta edición.

TREVIÑO, J. M. [trad.] (1976), *Obras completas de Filón de Alejandría*. Buenos Aires: Acervo Cultural Editores.

Fuentes

Guerrero, G. S. (1968). "Totals". En R. M. Schuler (ed.), *Indians: A People and its History, Language, History and Culture. Selection from the Proceedings of the Religion*. Edit. by M. Elzade. New York: Macmillan Publishing Company / London: Collier Macmillan Publishers. p. 65-80.

Thomas, Barbara. S. (1975). *The India poetry and the India cinema*. Madrid: Editorial Trotta segunda edición.

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas
La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autoral de la obra